







—Pero el arrepentimiento.....  
 —El arrepentimiento borra las manchas del alma, mas no puede lavar jamás de sus lunares al cuerpo. El pensamiento purifica el espíritu, y lo ensalza y lo eleva; mas para esta cárcel no queda esperanza, sino es la muerte.

—¿Y qué no os ha de perdonar el mundo despues de tanto aislamiento?

—El mundo no perdona. La fama que una vez se perdió, jamás, jamás se recobra. Bien podria yo encerrarme viva en un sepulcro desgarrando con silicios mis carnes; arrancarme de dolor uno á uno mis cabellos; que no inspiraria compasion, sino risa; y todos me llamarian hipócrita, achacando á torpe hastío mi sincero arrepentimiento.

—Vos no fuisteis criminal.

—¿No puede llamarse crimen abrir mis salones á la liviandad, formentar el juego, ver la torpe embriaguez arrastrándose por mis alfombras, y oír las maldiciones que el vicio arranca á los apagados labios?

—Pero vos os conservais tan pura.....

—Era imposible. La atmósfera pestilenta que allí se respiraba, me ahogó. El torbellino á que me arrojé ciega y desvalida, quemó las alas de mi inocencia.

—¿Qué desgracia!

—Irreparable, Juana, irreparable. No tuve mas guía que libros escritos por almas perversas, ni mas maestro que aduladores empeñados en perderme. La educacion me faltó, y los sentimientos religiosos eran para mí ecos perdidos de la imaginacion de los pueblos. Siempre es triste que un hombre no tenga religion; pero es hasta repugnante que una mujer no la tenga. Nuestros corazones están destinados á creer, y para orar modelados estan nuestros labios. En el alma de la mujer debe arder siempre el fuego del amor divino. ¿Y cómo habia de amar yo un objeto desconocido?

—¿Criminal fue vuestro tío!

—Educada en las ideas de Voltaire; hablaba de Dios como de un fantasma inventado por los reyes para tiranizar á los pueblos, de la religion como conjunto de falsas fábulas inventadas por la ignorancia; del amor, como goce que no debe desperdiciarse cuando la sangre hierve y late el corazon, y se entreabran ansiosos los labios; y de las virtudes como ficciones conveniencias inventadas para establecer la paz entre los hombres.

—¿Cuánta blasfemia!

—Yo hojeaba libros que enardecian mi sangre; libros que encomiaban goces desconocidos. Y mi viciada naturaleza cayó en el crimen, que diestros pinceles trazaban con deslumbrantes arboles.

—¿Y ahora!

—Ahora que siento el amor, veo que estoy imposibilitada de amar. Ahora, que al oír los pasos de Ernesto me extremezco, comprendo que no puedo ser feliz sino le vendo, sino le engaño torpe y miserablemente. Es virtuoso por naturaleza; tanto que su corazon está siempre pronto á proteger al desvalido, y á remediar al desgraciado. Es religioso; porque sus palabras tienen un perfume celestial, que engrandece hasta mi naturaleza; esta naturaleza que ha perdido la virtud y la inocencia.

—¿Y vos qué pensais hacer?

—De buen grado le olvidara, si poder para olvidarle tuviera. Mas pienso unirme á él para siempre, y huir muy lejos, á donde jamás tengamos de nuestra España noticias. Asi oculto mi crimen, y soy feliz sin lastimar su honra.

—¿Arriesgada empresa!

—Es verdad; pero en ella debes prestarme tu auxilio, como otras muchas veces me lo has prestado. Yo le oculto á los ojos de las gentes. Ni permito que nadie entre en este nuestro palacio; ni le dego libertad para partirse á Madrid.

—Siempre está triste.  
 —Llora amores sin esperanza.  
 —¿Y esos amores?  
 —Bien poco estorban mi dicha.  
 —Hácia acá viene.  
 —Déjanos, Juana.

LXVI.

—¿Huis de mi presencia, Ernesto?

—¿Yo! Eugenia. En medio de la desesperacion que me aflige, y de las dudas que me asaltan, vos sois mi consolacion y mi esperanza.

—Pero os encuentro tan demudado siempre. Turbios los ojos, como si estuviesen; cansados de llorar secos los labios, tal vez hartos de quejarse; y pálido el semblante, espejo fiel de las amarguras del alma.

—Ya lo sabeis; todas mis aspiraciones han muerto. Antes ambicionaba gloria. Hoy el laurel que orna las sienas de un héroe ó de un poeta, ni me anima, ni me entusiasma, cual si la vida se hubiera apagado en mi marchito corazon.

—Nada habeis padecido, cuando tan pronto doblais la frente al primer golpe de la fortuna.

—Nada. Mi vida era como ilusion encantadora, mis palabras cánticos, mis ensueños esperanzas, mi historia vacía de dolores, y mi porvenir inmenso como el mar.

—¿Y tan pronto un amor contrariado os hiela la sangre?

—¿Por qué no? Era mi ensueño de poeta, y la idea oculta de mis inspiraciones artisticas. Poned al pintor ante un lienzo, lleno de inspiracion. Su mente arde; los mas halagüeños colores se despliegan ante sus fascinados ojos, y las mas risueñas armonías resuenan en sus oidos; no ve; sino que su idea va á tomar forma y á surgir deslumbradora y pura de su mente. Coge el pincel, traza y describe. Cada rasgo es una huella de su genio; cada color un reflejo de su alma. En medio de aquellos arboles, arrullado por su delirio, nace la hermosura en que adora su espíritu, y la ve surgir como su propio pensamiento, y mecerse en los cielos como la gloria de Dios. Sus cabellos de luz se despliegan en torno de su frente como el primer rayo del sol sobre el mundo; sus ojos nacen como las estrellas que se mecieron por primera vez en la inmensidad, y el rostro de la mujer amada modelado con todos sus encantos, aparece llenando de alegría, y esperanza el alma fatigada del artista. Pero satisfecho su corazon, sus labios van á posarse sobre aquella frente, borra con el aliento lo que habia imaginado el alma; y en vez de su idea queda el lienzo manchado, sin sombras ni colores. ¿Ese dolor no es el mas imponderable de los dolores?

—Pero el artista no desmaya, que nuevas inspiraciones vendrán á su mente, y nuevos objetos regocijarán su alma?

—¿Pues qué se puede amar mas de una vez en el mundo?

—No seais niño. ¿No hay muchas estrellas en el cielo, y muchas flores en la tierra? Cuando el soplo de Dios apaga un astro, allí mismo nace otro con luz mas nueva; cuando una flor pliega sus hojas, sacude sobre el campo su cáliz lleno de semillas que llevan en sí el germen de nuevas flores.

—El amor es como Dios. Infinito llena los abismos del corazon, omnipotente transforma nuestra naturaleza, inmortal se duerme con el cuerpo en el sepulcro, y renace con el alma en la eternidad; pero único tambien solo tiene una esencia.

—Opino de distinto modo. El amor está encerrado en el alma.

—Pero hay varios objetos que lo despiertan como

varias mariposas acuden á bañarse en el aroma de las azucenas. A veces uno de esos objetos, ó desaparece, ó muere. El amor vuelve á caer solitario en el alma, y creemos que ya se ha disipado. Mas si una nueva mariposa despliega sus alas, y se posa amorosísima, sobre el corazon, le oíreis de nuevo despertarse, latir y adorar.

—No lo quiera Dios.

—¿No deseais amar?

—No.

—¿Por qué?

—Porque entonces toda mi fe en la eternidad del amor se habrá perdido.



Ernesto.

Eugenia se extremece.

—¿Se llama María!

—Hermoso nombre!

—Para mí es tan dulce.

—¿Qué feliz es María!

—¿Feliz! cuando llora sujeta á la esclavitud mas penosa.

—¿Pero la adorais?

—Sí, la adoro; aunque este amor sea mi desconsuelo y mi desdicha.

—¿Y le sacrificais todos vuestros pensamientos?

—Todos, Eugenia.

—¿Y le consagrais vuestros versos?

—Si alguna vez suspira mi amor, suspira por María; como si alguna vez creo en la amistad, á vos, Eugenia os debo esa creencia.

—¿Ingrato!

—¿Qué deciais, Eugenia?

—Nada, nada.

—Me parece que luchais para detener algunas lágrimas. ¿Me compadeceis?

—No os compadezco.

—Y yo me creo tan digno de compasion.

—¿Amais!

—Pero sin esperanza.

—Mas al fin, amais?

—Jamás me habeis oreguntado por el objeto de mi amor.

—¿Oh! de modo que en vuestro corazon no hay espacio para otro afecto.

—¿Tan ingrata me creeis?

—Sí, para mí lo sois.

—Esta mañana os oia suspirar.

—¿Y qué?

—Suspiré tambien, Eugenia. Tambien vi á lo lejos en vuestros ojos una lágrima.

—¿Y?

—Lloré

—¿Oh!

—Vuestros cánticos de amor me llenaron de alegría.

—¿Y qué os parecieron?

—No sé si sentí celos ó envidia hácia el desconocido ser á quien iban dirigidos.